

Javier Quintá

Medida de Amor

Ilustrado por David Pugliese



Cuando cumplí diez años mi papá me llevó con unos amigos al campo de mi tía. Mi papá tenía una chata, nos cargó atrás y nos llevó. “No vayan a sacar la cabeza”, dijo, “se las corto”. Pusimos las bolsas de dormir y las mochilas para taparnos del viento.

En el campo de mi tía había un cañaveral enorme donde podíamos jugar sin que nadie nos molestara. Después de comer nos fuimos. Tomamos nuestros palos y salimos por la tranquera del fondo atravesando la quinta y el gallinero. Nos metimos entre los yuyos siguiendo el sendero. Mi tía nos había dicho que tengamos cuidado con las víboras. Había que pisar firme —las víboras se asustan si pisás firme— y fijarse dónde metíamos los pies.

Cuando llegamos las cañas trepaban como edificios y el suelo estaba cubierto de hojas secas. Nos dividimos en dos grupos. Carlos, Emiliano y yo entraríamos por el frente. Franco, Gabriel y Lucas, por atrás.

Texto © 2006 Javier Quintá. Imagen © 2006 David Pugliese. Permitida la reproducción no comercial, para uso personal y/o fines educativos. Prohibida la reproducción para otros fines sin consentimiento escrito de los autores.

Prohibida la venta. Publicado y distribuido en forma gratuita por Imaginaria y EducaRed:

<http://www.educared.org.ar/imaginaria/biblioteca>

Para distinguirnos propuse que uno de los bandos usara sus remeras como vinchas. Los palos servirían de rifles o de ametralladoras, según como mejor le pareciera a cada uno. Para matarnos, bastaba decir *Pum* o *Ratata-tatata*, y el nombre del muerto. Aunque esto siempre terminaba en largas discusiones acerca de quién había matado a quién.

Adentro, parecíamos sombras. Tampoco se oía nada. Me metí por la derecha. El campo era mío y conocía los mejores lugares. Podría buscar un buen escondite y desde ahí matar a cada uno a medida que fueran apareciendo. Sin embargo, aquella vez fue distinto: quería matar a Franco.

Decidí caminar despacio camuflándome entre las cañas para sorprenderlo. Aquí la regla era disparar primero y si iba por detrás, me aseguraba su muerte.

De repente, a unos metros, vi algo que parecía una zapatilla. Colgaba de una caña a la altura de mis rodillas. Me escondí y me arrodillé en el suelo. Sí, parecía la zapatilla de Franco. Me acerqué sigiloso. Por la tele sabía lo tramposo que puede ser este tipo de acción en una guerra. Con la punta de mi Itaca enganché la zapatilla y la traje adonde estaba yo tirado cuerpo a tierra. Efectivamente, no había dudas, era la zapatilla de Franco.

Detrás de unas cañas cortadas lo vi a Franco tirado en el suelo. Se miraba el pie descalzo y con una mano sostenía su pantorrilla. Intenté rodear el lugar hasta tenerlo de frente. El ruido de unas loras me detuvo un instante. Miré para arriba y el viento movió las puntas de las cañas. Franco no se movía. Yo había oído que luego de la primera picadura se producía una parálisis instantánea. Tardé unos segundos en reaccionar y salí corriendo a ayudarlo. Salté unas cañas y ya estaba a su lado. Dejé mi arma y al agacharme Franco dijo: “Pum, Ernesto, te maté”.